

1. EL SEÑORÍO DE DIOS SOBRE LA HUMANIDAD

Estamos ante un salmo que actualiza la realeza de Dios en medio de su pueblo. Mediante una celebración litúrgica, seguramente una procesión que subía desde la fuente de Siloé hasta la colina de Sión dominada por el templo, el pueblo festeja a su Dios, siguiendo el protocolo de entronización de los reyes. Esta subida se hace entre las aclamaciones de la muchedumbre y el estruendoso sonido de las trompetas, que se tocaban en momentos especiales. En todo el salmo se respira un tono optimista. No hay lugar para el derrotismo ni para la desesperanza.

El salmo abre sus puertas con una solemne invitación a todos los pueblos a que reconozcan a Dios de un modo entusiasta, a que aplaudan jubilosamente al Señor que está por encima de todo y de todos. ¿En esto posible? ¿Sigue habiendo cristianos capaces de invitar a una fiesta? ¿No será una utopía más, por más entusiasmo que ponga el que preside la liturgia? ¿Cómo van a aplaudir los pueblos, sometidos y obligados por la fuerza a aceptar a Dios? Gritar de alegría no es propio de pueblos vencidos. Aplaudir no es un gesto de sumisión. ¿Acaso se pueden imponer por la fuerza la verdad y la belleza de Dios?

Una falsa relación con Dios ha llevado, y lleva hoy, al fundamentalismo, con nefastas consecuencias para la humanidad. El hecho de que se dé esto no justifica que la religión sea algo detestable, sino algo que necesita ser constantemente purificado. Dios es maravilloso, fascinante, siempre nuevo, pero, a la vez, extrañamente discreto e invisible. El pueblo de Israel se ha atrevido a adelantar y a cantar el señorío universal de Dios. El gran motivo (aparecen tres en el salmo) por el que los pueblos aclamarán y aplaudirán a Dios es la resurrección de Jesús, en la que toda muerte y todo lo que atenta contra la dignidad y la gloria de las personas son vencidos. La experiencia de Dios, pese a las apariencias del vocabulario (“¡es el que somete a las naciones!”), no es una dictadura, es una inmensa celebración festiva. “El poder, la riqueza y la sabiduría” (Ap 5,12) de la realeza de Jesucristo son distintos de todo lo de acá: “los reyes de la tierra dominan como señores, que no sea lo mismo entre vosotros” (Marcos 10,42). No al dominio, sí a la ternura.

Dentro del señorío universal de Dios sobre todos los pueblos de la tierra, el pueblo de Israel siente que es la herencia más valiosa y apreciada por el Señor. El amor, visto desde nuestra ladera, es así, pero, visto desde la ladera del reino que anuncia Jesús, aportará grandes novedades: “El más pequeño en el Reino de Dios es más grande que Juan” (Lc 7,28). En todo caso, la elección, que solo se explica desde el amor, es para una misión, la de llevar al conocimiento de Dios a todos los

pueblos. Cuando la elección se convierte en propiedad privada, la gracia se convierte en desgracia, “frustran el designio de Dios para con ellos” (Lc 7,30).

En la segunda estrofa encontramos un verso excepcional, que no deja huellas ni en el culto ni fuera de él: “Dios asciende entre aclamaciones”. De Dios lo normal es decir que baja y visita, pero no que asciende. Y ahí está la estupenda paradoja: que el Dios Altísimo ascienda. Pero no sube solo. En su ascensión atrae al pueblo que sube al monte, sale de la esclavitud y experimenta la liberación. Este es el proyecto de Jesús: llevar a toda la humanidad hacia la experiencia del amor liberador del Padre (cf 1Cor 15,24-28), orientar toda oscuridad hacia la luz. Por eso, este salmo, sin perder su carácter de símbolo, adquiere un realismo nuevo aplicado a Cristo. Jesús, que primero ha bajado hasta hacerse uno de tantos, sube, en la Ascensión, para sentarse a la derecha del Padre (cf Flp 2,5-11).

2. LA MÍSTICA DEL GOZO

Al salmo lo recorre por dentro un manantial emotivo de alabanza: se muestra el gozo, se expresa la emoción, se canta la alegría de que Dios sea Dios y que quiera compartir su alegría con todos los pueblos de la tierra. La forma de transmitir una experiencia gratuita de gozo en Dios solo puede darse en la alegría. Ver la alegría es ver la fe. En la experiencia de gozo nadie es extraño, todos se dan la mano en la hondura de la gracia. El gozo en Dios es desbordante; llega como una inmensa ola de alabanza, como canto jubiloso a todos los pueblos.

El entusiasmo religioso se impone a la enseñanza, que en el salmo es mínima, supera a las razones (a los “porque...”). El animador de la liturgia invita a aplaudir, a aclamar con gritos de júbilo, a tocar las trompetas, a cantar... hasta que tiemblen los goznes de las puertas del templo. En el corazón del salmo aparece cinco veces seguidas, en imperativo, “tocad”. La última de ellas dice “tocad con maestría” (“psallite sapienter”), expresión muy comentada en la tradición cristiana, que significa la comprensión espiritual de lo que se canta y el deleite sentido al gustar los amores de Dios hacia nosotros. “Salmodiemos de modo que nuestra mente sea concorde con nuestras voces” (San Benito). La liturgia invita constantemente a este gozo, pero a veces nos encuentra fríos y mudos para la alabanza.

El gozo en su Dios hace audaces y testigos a las gentes de Israel, a pesar de no tener poder político ni militar frente a sus poderosos vecinos (Egipto y Babilonia) y, de estar, la mayor parte de su historia, ocupados y sometidos por ellos. El anuncio de Dios no es una invitación regañona dirigida a los demás para que se conviertan, sino una invitación alegre a participar en la alegría de los hijos del rey... “¡Venid a las bodas!” (Mc 2,19; Lc 14,17). La alegría plenifica la vida.

La ascensión de Jesús, el primogénito de toda la creación, es la alegría del mundo. La subida de Jesús, llevando a toda la humanidad con él, es la alegría del Padre y del Espíritu. El triunfo de Dios es el triunfo de cada ser humano, nacido de mujer (Gal 4,4), llamado a la inusitada libertad de tener todo bajo los pies (1Cor 15,27).

Cuando el hombre y la mujer de nuestros días se desesperan y pierden la autoestima, ¿no tendrían que meditar este misterio de ascensión? En la obra maestra realizada en Jesús encuentra justificación profunda la dignidad de todo ser humano. En el más pobre de los pobres hay un rey que se ignora, un ser llamado a la libertad y a la experiencia de comunión con Dios. Quien conoce el sentido de la historia y sabe que Dios ha escogido la vida del hombre como morada, debería encontrar en esta fe una razón suficiente para caminar en la esperanza. La vida es bella. Por raro que pueda parecer, somos la alegría de Dios.

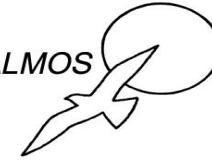
3. EL PROYECTO DE LA UNIDAD

Si la humanidad no tuviera fronteras sería como un jardín con flores, como una puesta de sol multicolor, como un banquete con sitio y comida para todos. Esta apertura universalista se canta al final del salmo. Este el proyecto bonito de Dios, que es Padre amoroso de toda la humanidad. El Padre, enviando a su Hijo, ha sembrado en todo ser humano la semilla de la unidad. Gentes de oriente y occidente se reunirán un día con este Rey de paz y amor, de comunión y fraternidad (cf Mt 8,11). A los distintos, el amor de Dios los ha igualado.

Como esperaba el profeta Isaías, los pueblos hostiles entre sí serán invitados a arrojar a tierra las armas y a convivir bajo el único señorío divino, bajo un gobierno regido por la justicia y la paz (cf Is 2,2-5). Los ojos de todos contemplarán la nueva Jerusalén, a la que el Señor asciende para revelarse en la gloria de su divinidad. Será “una muchedumbre inmensa, que nadie podrá contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua (...). Todos gritan a gran voz: ‘La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero’” (Ap 7,9-10). Para reforzar esta vocación a la unidad, el salmo trae el recuerdo de Abrahán, padre de un pueblo escogido, antecesor de muchos pueblos, mediador de bendición, el que vio de noche estrellas incontables (cf Gn 17,5s).

La lectura orante de este salmo nos invita a ser testigos de la presencia transformadora del Reino; nos urge a no quedarnos con la luz sino a comunicarla a todos para que de toda la tierra brote un gigantesco aplauso al Señor, que siempre será un aplauso a todo ser humano; nos lleva a reconocer, en adoración, al Señor Resucitado, que está dando vida a todos y sosteniendo la esperanza de la Iglesia.

ORAR CON LOS SALMOS



Salmo 46: ¡Pueblos de la tierra, bendecid a Dios!

“Hasta la venida del Mesías, esperanza de las naciones, los pueblos gentiles no adoraron a Dios y no conocieron quién era. Y hasta que el Mesías los rescató, Dios no reinó en las naciones por medio de su obediencia y de su culto. En cambio, ahora Dios, con su Palabra y su Espíritu, reina sobre ellas, porque las ha salvado del engaño y se ha ganado su amistad” (Palestino anónimo, *Homilía árabe cristiana del siglo VIII*).

¿Acaso no se refleja aquí lo que está llamada a ser una comunidad cristiana? “Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que toda la humanidad formara una sola familia y los hombres se trataran unos a otros con espíritu de hermanos” (Gaudium et Spes, 24). “Solo el amor engendra la maravilla. Solo el amor consigue encender lo muerto” (Martí).

- 2** Pueblos todos, batid palmas.
Aclamad a Dios con gritos de júbilo:
- 3** porque el Señor es sublime y terrible,
emperador de toda la tierra.
- 4** El nos somete los pueblos
y nos sojuzga las naciones;
- 5** él nos escogió por heredad suya:
gloria de Jacob, su amado.
- 6** Dios asciende entre aclamaciones,
el Señor, al son de trompetas:
- 7** tocad para Dios, tocad,
tocad para nuestro rey, tocad;
- 8** porque Dios es el rey del mundo:
tocad con maestría.
- 9** Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado:
- 10** los príncipes de los gentiles se reúnen
con el pueblo del Dios de Abrahán,
porque de Dios son los grandes de la tierra,
y él es excelso.